

EL RAZONAMIENTO RIGUROSO

ADRIÁN ALEGRE GONZÁLEZ

EL RAZONAMIENTO RIGUROSO

ADRIÁN ALEGRE GONZÁLEZ

EDICIÓN DIGITAL Y GRATUITA

© 2025 Adrián Alegre González

Todos los derechos reservados.

INFORMACIÓN DE INTERÉS:

PÁGINA WEB: razonamientoriguroso.com

CORREO ELECTRÓNICO: razonamientoriguroso@gmail.com

X: [@razonamientorig](https://twitter.com/razonamientorig)

FACEBOOK: [Razonamiento riguroso](https://facebook.com/Razonamiento riguroso)

Escribo esto porque creo que a lo largo de mi vida he tenido la suerte de descubrir una forma de razonar algo diferente capaz de hacer que cualquiera que la adopte viva mucho mejor que antes, aunque sé que puede sonar pretencioso. Ahora mismo estoy a unos días de cumplir veintitrés años; entre los diecisiete y los dieciocho fui tomando conciencia de esta manera de pensar de la que hablo, empezando a intentar recoger por escrito las conclusiones a las que me había llevado a los dieciocho, y estoy bastante seguro de que se forjó durante mi infancia, en algún o algunos momentos entre los seis y los diez años, como explicaré más adelante. ¿Y cómo se supone que alguien puede haber hecho un descubrimiento así a esa edad? Pues creo que el puro azar lo puede explicar, pero para eso tenemos que entrar en materia.

La forma de pensar que menciono es un razonamiento extremadamente riguroso. Todos los seres humanos, salvo aquellos con unas condiciones mentales particulares que se lo impiden, somos capaces de utilizar plenamente la razón. Unos tienen una velocidad o una agudeza mental mayor y otros una menor, pero todos podemos acabar llegando a las mismas conclusiones con el tiempo y el método adecuados. Sin embargo, con «razonamiento (extremadamente) riguroso» me refiero a algo distinto al pensar o calentarse la cabeza que conocemos y que podemos ver en alguien que intenta encontrar una solución para un problema, o en nosotros mismos cuando somos los que lo hacemos. Ese uso de la razón es útil, incluso aunque a veces demostremos nuestro gran aguante mental dándole vueltas a algo en círculo durante horas, sin llegar a ningún sitio, pero creo que estamos desaprovechando enormemente nuestra capacidad racional. No pienso que sea tanto por el tiempo que la usamos, que, como digo, algunas veces se prolonga mucho sin dar ningún resultado, sino por el rigor con el que lo hacemos.

Básicamente, creo que usar el razonamiento de una manera muy rigurosa y con la insistencia de la que a veces nos mostramos capaces puede cambiar por completo la vida de cualquier persona, y llegado el caso, el mundo entero. Pero claro, dicho así suena muy sencillo. La verdad es que no sé con seguridad de nadie, vivo o muerto, que haya usado antes la razón con la rigurosidad a la que me refiero. Esa es, sinceramente, la conclusión a la que me han llevado durante estos años las palabras y las acciones de todas las personas que he conocido, así como las de graduados y profesores universitarios de filosofía, entre otras áreas, y las de los intelectuales en general. Es posible que algunos de ellos, y también algunos grandes pensadores a lo largo de la historia, sí lo hayan hecho —o si no,

que se hayan quedado cerca—, pero no lo puedo afirmar partiendo de lo que les he escuchado o leído, que, en los casos de los filósofos Platón, Kant y Hegel, más allá de lo que estudié en bachillerato y en alguna asignatura de la carrera (Filología Clásica, no Filosofía), ha llegado a una lectura atenta, contextualizada y apoyada en algunos estudios específicos, aunque no completa. Además, el hecho de que esos pensadores no se hayan enfocado directa y centralmente en lo que intento abarcar con la expresión de «razonamiento riguroso» refuerza mi conclusión. En cualquier caso, si realmente algunas personas alcanzan o alcanzaron el nivel de rigor racional que busco, entonces no han conseguido difundir ese logro, o lo han hecho de una forma muy reducida y poco clara, por lo que quizá mi intento merezca la pena.

Para comprender cuál es la clase de rigurosidad a la que aludo y cómo se puede desarrollar, tal vez lo más fácil sea explicar cómo pienso que yo la adquirí. No sé si hubo un solo momento decisivo o varios, pero, como he avanzado antes, creo que fue entre los seis y los diez años. La clave puede estar en situaciones como la que recuerdo de mi abuelo animándome a resolver unos problemas de matemáticas, confiando en que me haría con ellos. Lo especial en eso es que me los tomaba como una forma de demostrar de qué era capaz, y que, según creo, mi objetivo no era solo acabar el ejercicio o ni siquiera terminar encontrando la solución correcta, sino también poder saber a ciencia cierta por mí mismo que lo era, tal vez llevando esa voluntad hasta el extremo. Por tanto, también hay que tener en cuenta que debieron darse las circunstancias adecuadas en mi vida para llegar a ese punto; por ejemplo, si no hubiera podido estudiar, si nadie en mi familia se hubiera implicado así en mi formación, o quizás si alguna experiencia hubiera minado mi confianza en mis capacidades, no habría sido posible.

Puede que haya habido otros momentos tan o más importantes que este, o que lo que intento recordar no sea del todo preciso, pero estoy bastante convencido de que situaciones de este tipo son las que me llevaron a desarrollar un razonamiento particularmente riguroso aun sin ser todavía consciente de ello. De este modo, no se trataría de una capacidad innata extraordinaria que no creo que tenga en ningún sentido, sino de una combinación única de varias condiciones más o menos difíciles de darse por separado y que, además, debieron coincidir.

Entender las implicaciones de ese rigor racional es mucho más sencillo ahora que tenemos un contexto donde ubicarlo. Volviendo al caso de los problemas matemáticos, si solo tenemos el objetivo de acabarlos, seguramente estén mal, y si solo queremos encontrar la solución correcta, tal vez intentemos resolverlos de cualquier manera a la que le veamos cierto sentido, luego comprobemos si hemos acertado o no y volvamos a intentarlo las veces que sea necesario, aprendiendo al final como mucho que un método concreto era el apropiado para una clase de problema y los otros no. Pero si lo que buscamos es poder saber con seguridad por nosotros mismos cuál es la respuesta correcta, entonces debemos eximir al máximo nuestra capacidad racional y comprender muy bien lo que se nos está planteando. Al hacerlo, con el tiempo nos daremos cuenta de que, muchas veces, la solución no era la que más lógica y evidente nos parecía al principio. Pero es más, aun habiendo pasado por ese proceso, otras tantas veces descubriremos que, al poner a prueba nuestra contestación final, también estaba equivocada esa respuesta de la que estábamos ya convencidos, aquella que, tras habernos calentado bastante la cabeza y verle, por fin, todo el sentido del mundo, creíamos que era la buena. Y además, terminaremos aprendiendo que a menudo es mejor alejarse del problema un rato en lugar de pasar horas bloqueados o dando vueltas en círculo.

No obstante, quizá todos esos hallazgos solo se puedan producir de forma natural en un contexto matemático, físico o de una claridad, exactitud e inmediatez similares. En otras situaciones, en cuanto le vemos bastante sentido a una idea o un pensamiento determinados, vamos adelante con ellos asumiendo, tal vez, que ese sentido, esa lógica, significan que estamos en lo correcto, y con frecuencia es difícil comprobar de manera clara y directa si nos estamos equivocando. Ocurre lo mismo aunque le dediquemos un esfuerzo considerable a nuestro razonamiento, e incluso con mayor peligro, dado que habremos estado buscando errores, y si se nos ha escapado alguno, entonces será porque está muy escondido, al menos a nuestros ojos. E igualmente, en estas situaciones es más complicado entender el problema que pueden suponer un razonamiento circular o un bloqueo o agotamiento mentales que solo llevan a una conclusión equivocada, por mucho que parezca la única posible.

Pero un ámbito como el de las matemáticas permite evitar esos fallos. En él, si nos decantamos por lo primero a lo que le vemos cierto sentido, muchas veces nos toparemos con la pared; si somos bastante cuidadosos en nuestra reflexión, el tiempo nos dirá que no vale con serlo bastante, que hay que ser extremadamente rigurosos, y que siempre se nos podrá haber escapado algo sin importar lo

seguros que estemos de nuestras conclusiones, por lo que, además, conviene mantener una mínima duda respecto a ellas; y por último, si caemos en razonamientos circulares, nos bloqueamos o ya no damos más de nosotros mismos, las matemáticas nos dejarán claro que esa única solución que vemos no es en realidad la única —o de no ver ninguna, que sí la hay—, y que en estos casos puede venir bien tomar un poco de distancia.

Así es como creo que desarrollé el razonamiento riguroso: una voluntad quizá especialmente intensa de poder saber con certeza por mí mismo qué respuestas a problemas matemáticos eran las correctas me llevó a afrontarlos de una manera distinta, y el carácter de este campo me acabó enseñando a evitar errores graves pero comunes en el uso de la razón, además de algunas precauciones convenientes. De todas formas, insisto en que este intento de recordar y reconstruir mi proceso de formación del razonamiento riguroso puede ser algo impreciso, y en que no estoy seguro de cuántos fueron los momentos decisivos. Por otra parte, debo decir que pienso que con los años he ido puliendo mi razonamiento, volviéndome por ejemplo más precavido todavía, y que seguramente aún tenga cosas que mejorar.

Sin embargo, creo que el valor de esta manera de pensar no se queda en sus fundamentos, sino que, al adoptarla y utilizarla, más descubrimientos empiezan a caer por necesidad como fichas de dominó. Es probable que el rigor racional del que he hablado, partiendo de la voluntad de poder justificar una realidad por mí mismo, fuera lo que me llevó, como mucho hacia los diez años, a verle al entendimiento de las causas o principios de los hechos un potencial y una factibilidad más grandes que el resto de personas, aunque sea algo que por lo general ya se valora en mayor o menor medida. Todavía de forma inconsciente, empecé a buscar esa comprensión para estudiar durante la educación primaria (en el sistema educativo español), y la extendí a cualquier asignatura. A pesar de estar obligado también a memorizar muchos datos, comencé a notar cierta diferencia frente a las dificultades y el esfuerzo de mis compañeros.

Quiero aclarar que esto no significa que siempre se puedan entender los motivos de cualquier suceso si se usa la razón, por rigurosa que sea. Muchas veces no disponemos de la información necesaria para hacerlo, y otras nos faltarían ayudas externas o un tiempo enorme para utilizar esa

información con eficacia. Otro de los efectos del razonamiento riguroso es aprender a identificar y admitir hasta dónde podemos llegar en cada momento.

En la Educación Secundaria Obligatoria (ESO) la situación fue parecida a la de primaria, e incluso se fue ensanchando la brecha que notaba con el resto de la clase. Desde mi punto de vista actual creo que, aunque, como he dicho antes, prácticamente todo el mundo valora en cierta medida entender los principios de un fenómeno, quizá no todos lo vean tan útil o alcanzable como yo y lo intenten menos, o como mínimo no consigan los mismos resultados al no ser tan rigurosos en sus razonamientos. Por otro lado, la experiencia de la ESO ya me deja pocas dudas de que esto es lo que explica por qué estudiar me costaba menos que al resto y por qué «se me daban bien» todas las asignaturas que se centraban en el plano mental. Sobre lo primero, es importante destacar que solía quedarme por detrás de los demás al principio, cuando ellos interiorizaban directamente la lección mientras que yo estaba intentando comprender el sentido de todo lo que se explicaba si veía que podía y que valía la pena, pero que en no demasiado tiempo acababa dominando mejor el tema. Ese proceso parece inherente al razonamiento riguroso, y lo sigo viviendo a día de hoy. En cuanto a lo segundo, no quiero que se pase por alto la extensión de este método desde ámbitos como las matemáticas, que en general ofrecen una certeza clara, precisa y directa, a otros muy distintos. La razón que pasé a aplicar a los demás campos no era una razón cualquiera, ni siquiera una razón bastante paciente y concienzuda: era la razón tremadamente meticulosa que había demostrado ser la única capaz de no estar cayendo en un error sin darse cuenta cada dos por tres, aunque tampoco estuviera completamente libre de fallos, y que, aun así, siempre sospechaba un poco de sí misma.

Puede que fuera al mismo tiempo que daba este segundo paso cuando me volví, además, muy observador. Hace ya mucho que no puedo imaginarme a mí mismo sin prestar una especial atención a mi alrededor —y a mi interior—, sabiendo que cualquier hecho, por casual e insignificante que parezca, puede llegar a tener unas implicaciones muy relevantes si se lo mira con un poco de detenimiento.

También como consecuencia de mi actitud respecto a conocer los principios de las cosas, otro de los efectos del razonamiento riguroso fue comenzar a usarlo para entender hechos que me tocaban o me interesaban personalmente. Aunque es probable que hubiera algunos antecedentes —e intentos

fallidos—, diría que el primer recuerdo vago que tengo de usar así la razón con unos resultados sorprendentes es de 3º de ESO, es decir, en torno a los catorce o quince años, aplicándola a algunos aspectos de las relaciones humanas. Más tarde, cuando en 1º de Bachillerato, con diecisésis años, descubrí la asignatura de filosofía, creí encontrar mi sitio, el lugar que estaba hecho para conseguir entender los principios más universales e importantes para el ser humano, y por tanto los más valiosos para mí. Pero todavía faltaba una ficha de dominó esencial por caer.

A lo largo de mi vida, al margen del razonamiento riguroso, siempre había mantenido una confianza plena en lo que transmitían como cierto y seguro algunos familiares, profesores o, más adelante, intelectuales. También la mantuve por lo menos durante buena parte de 1º de Bachillerato, hasta que finalmente la puse en duda. Creo que es algo que debe acabar ocurriéndole de forma natural a quien desarrolla el rigor racional, aunque sea en diferentes momentos y situaciones para cada persona. En mi caso, el desencadenante fue la enorme oposición ideológica que dos intelectuales que me infundían mucha confianza mostraban en una conversación bastante respetuosa, por lo demás. Si dos personas tan formadas, con tanta experiencia y de buenas intenciones disentían así, algo estaba fallando. Quizá lo normal habría sido ignorar el problema o pensar que alguno de ellos no sabría tanto o no tendría tan buena voluntad, pero el recorrido que había hecho hasta entonces me impedía dar una solución cualquiera y dejarlo estar, más aún cuando intuía que ninguna de esas posibilidades era cierta.

La conclusión a la que acabé llegando fue que, al menos fuera de las ciencias exactas, hasta las personas más eminentes se podían equivocar en cuestiones fundamentales a pesar de su formación y sus buenas intenciones, por lo que ya no podía fiarme totalmente de casi nada. Esto me hizo extender el uso del razonamiento hasta nuevos horizontes en los que antes pensaba que no hacía falta, y empezar a ver fallos que ya no podía dejar pasar sin más confiando en que habría alguna explicación que yo no era capaz de comprender. Poco a poco, a medida que iba viviendo cosas que quería entender, fui desarrollando por mí mismo ideas que me sorprendieron por su profundidad y por la diferencia que marcaban tanto frente a mi manera anterior de ver el mundo y actuar como respecto a la de los demás, y, tal vez a raíz de eso, comencé a volverme más consciente de mi particular forma de pensar.

En cuanto a la filosofía como asignatura y como tradición escrita, lo que se explicaba ya en 2º de Bachillerato no me parecía suficiente para justificar las ideas de los filósofos —aun cuando en mi caso este curso se centraba en tres autores—, y al mismo tiempo, cada vez estaba más convencido de que avanzaba más reflexionando individualmente que estudiando a pensadores. A pesar de eso, no negaba la utilidad de leerlos, y de hecho, todavía mantuve cierta duda sobre si detrás de las visiones más comunes de los sistemas de los grandes filósofos podría haber un abismo de explicaciones y argumentos que se me escapaban por no haberme adentrado lo bastante en ellos. Pero esa duda no era tan grande como para matricularme en la carrera de Filosofía a pesar de que había muchas más posibilidades de que me aportara muy poco, a lo que además se sumaban otros factores distintos.

Nos situamos ya en los dieciocho años, justo después de acabar bachillerato y a punto de entrar en la universidad —pido perdón por seguir una estructura tan personal, pero creo que es la mejor manera de entender lo que quiero explicar—. Unos meses después de empezar la carrera, en noviembre de 2020, me pareció que ya llevaba el suficiente tiempo con una base de ideas estable y valiosa como para recogerla ordenadamente por escrito e incluso darla a conocer. Pero lo que estuve escribiendo y revisando desde entonces hasta el año pasado —con largos parones de por medio— no es lo que se lee ahora. Aunque al principio me puse a redactar opiniones sobre prácticamente todas las ramas de la filosofía, he acabado llegando a la conclusión de que lo realmente valioso es el método del razonamiento riguroso, de que debo destinar toda la atención y el esfuerzo del posible lector a convencerlo sobre él y ayudarle a desarrollarlo, y de que, si consigue hacerlo, el resto de cosas que pudiera decirle no importará demasiado.

En paralelo a esto, mientras escribía y hasta hace apenas unas semanas, seguía teniendo clavada la espina de que tal vez, si estudiaba a fondo a los grandes autores de filosofía, descubriría una nueva dimensión que cambiaría por completo mi perspectiva sobre ellos. Por eso, desde hace un par de años —también con grandes parones— he estado intentando adentrarme más en la filosofía de Platón, Kant y Hegel, respectivamente. He procurado prepararme, recurrir a explicaciones externas de sus ideas y prestar mucha atención a sus palabras, y, aunque no he leído toda su obra ni mucho menos, mis dudas han ido mermando hasta el punto de considerar que, si bien no las puedo descartar del todo, ya no merece la pena darles tanta prioridad ni afrontarlas tan activamente. Por otro lado, también tenía la duda de si algunas de las ideas a las que había llegado eran compatibles con las

evidencias científicas más elementales y claras del área de la psicología, así que el año pasado estuve leyendo un manual de psicobiología o biopsicología humana, y nada me llevó a hacer grandes cambios.

Mi postura actual sobre la tradición filosófica es que, como he dicho antes, aunque quizá algunos pensadores hayan llegado a usar el razonamiento riguroso o se hayan quedado muy cerca, en todo caso no han conseguido transmitirlo, al menos no de una manera clara ni apreciable. Por lo que se refiere a sus reflexiones, me parece que muchas de ellas son acertadas y útiles, lo que todavía tiene más mérito si consideramos las épocas en las que la mayoría de autores vivieron y los descubrimientos que se han producido desde entonces, pero creo que, utilizando un razonamiento lo bastante riguroso, cualquier persona puede sorprenderse al alcanzar e incluso superar por sí misma lo que ellos pensaron. Además, al reflexionar individualmente se pueden evitar algunos de sus errores —a menudo fruto de su tiempo—, así como la necesidad de traducir, explicar y aclarar conceptos confusos o términos técnicos. Eso sí, estoy hablando de aprender filosofía como el conjunto de principios más universales que afectan al ser humano; sería diferente si nos refiriésemos a aprender historia de la filosofía, la historia de lo que la humanidad ha dado en este campo a lo largo del espacio y el tiempo. En cualquier caso, lo dicho no quita que la lectura de obras filosóficas pueda ayudar a pulir los detalles de la reflexión particular o incluso hacer ver ideas clave que se habían pasado por alto.

De lo que acabo de señalar se desprende algo importante: muchas de las ideas a las que he llegado no son nuevas, a pesar de haberlas encontrado por mí mismo. Aun así, honestamente no estoy seguro de conocer a nadie con unos fundamentos generales tan sólidos como los que pienso que lleva a formar el rigor racional. Pero, ¿y si lo hubiera? ¿Y si alguien hubiera conseguido esa solidez aprendiendo filosofía de la manera tradicional? Entonces lo que yo estaría ofreciendo es un método más rápido y universal, que no exigiría dedicar al estudio el tiempo necesario para alcanzar ese punto, y que pretendería seriamente llegar a todas las personas aunque fuera poco a poco. Considero que mi logro es haber tenido la suerte de descubrir una forma diferente de razonar, no haberme entregado más al estudio ni haber nacido con más talento que nadie.

Así pues, brindo al mundo un instrumento con el que todavía tengo mucho por aprender y mejorar, pero que, aun así, creo que posee en sí mismo la capacidad de cambiar por completo la vida de las personas. Si alguien lo quiere utilizar, puede intentar replicar cómo pienso que yo lo desarrollé, empezando a enfrentarse a problemas matemáticos de su nivel con la actitud de buscar hasta el extremo poder saber con seguridad por sí mismo cuál es la respuesta correcta, y dejar que vayan surgiendo después los efectos del razonamiento riguroso. Pero quizás merezca la pena tratar de usarlo directamente a partir de mi teoría de cómo funciona, es decir, de qué creo que enseña la actitud mencionada en un campo como las matemáticas, lo que podría ahorrar tiempo y evitar la reticencia que seguramente tengan muchas personas a ponerse a resolver problemas después de tantos años; luego, tal vez los efectos del rigor racional también se podrían acelerar, aunque quizás lo mejor sea procurar hacerlo de una forma más o menos natural. De todos modos, esta manera de pensar me parece tan valiosa que, si un camino no funciona, animo de verdad a ir con todo a por el otro, e incluso a buscar vías distintas para alcanzarla. También recomiendo mostrar paciencia, perseverancia y valentía: si algo en la vida merece poner toda la carne en el asador y no rendirse a las primeras de cambio, puede que sea esto. De la misma forma, me ofrezco a ayudar en este proceso a quien lo necesite en la medida de mis posibilidades; al principio de este documento hay alguna información de contacto. Y en cualquier caso, no quiero que se desprecie la opción de releer este texto y pararse al hacerlo cuanto haga falta: puede ser totalmente necesario, y dudo que se quede por debajo de mi velocidad de caracol leyendo.

Sin embargo, para que cualquiera se decida a darle una oportunidad a algo tan extraño e insólito como el razonamiento riguroso, debo transmitirle la confianza suficiente, y sería comprensible que no lo haya conseguido con estas páginas. ¿Y si todo a lo que digo haber llegado, todo lo que prometo, son solo pretensiones de un joven inmaduro? Por eso, para terminar, voy a explicar algunas de mis ideas sobre un tema que pienso que puede interesarle a cualquiera de primeras, en el que todavía parece haber mucho por hacer, y donde creo que he llegado a conclusiones nuevas, o que como mínimo no se han conseguido difundir apreciablemente antes: la ética. Espero que con lo que viene a continuación logre hacer al lector plantearse en serio la realidad y la trascendencia que puede tener lo que he decidido llamar «razonamiento riguroso».

ÉTICA

No creo que sea necesario buscar una definición técnica de la ética, pero podemos situarnos diciendo que, como rama de la filosofía, es la disciplina que estudia qué está bien y qué está mal, qué es moralmente correcto o incorrecto. Aun así, se debe puntualizar que, al margen de su origen y su historia, hoy en día los conceptos de ética y moral se refieren sobre todo a conductas sociales o incluso hacia otras especies, y que ese es el sentido en el que me voy a centrar. Es decir, aunque hace tiempo una cualidad como la pereza se pudiera considerar vinculada con la moral y la ética, me parece que actualmente queda fuera de ellas, al menos en los sentidos cotidianos de estas palabras, y a diferencia de otras cualidades como el respeto, que suele implicar a otras personas o seres vivos. También es importante pensar en los actos éticos como acciones que se llevan a cabo de manera intencionada, siendo conscientes de las consecuencias; lo que valoramos en ellos como moral o inmoral es la voluntad de realizarlos. Por último, conviene tener en cuenta que entre lo mejor y lo peor, lo más bueno y lo más malo, hay una variedad que, en un momento dado, nos permite llamar malo a algo que, aunque sea bueno o positivo, podría ser bastante mejor, y a la inversa.

Bajo mi punto de vista, los buenos actos morales suelen tener, en principio, un impacto negativo sobre quien los lleva a cabo, y los malos, uno positivo, pero eso no significa que lo mejor para uno mismo sea evitar los primeros y perseguir los segundos. Puede que no nos venga muy bien o no nos apetezca nada quedar para hablar cuando un amigo al que le ha ocurrido algo malo necesita nuestro apoyo, pero lo hacemos porque queremos verle mejor, y porque nos ayudaría muchísimo que él también lo hiciera si en algún momento fuésemos nosotros quienes lo estuviéramos pasando mal. Del mismo modo, aunque en un momento dado nos podría gustar quedarnos con algo que nos han prestado, lo devolvemos porque no queremos tener problemas, e incluso porque nos sabría mal quitarle algo que es suyo a una persona que nos ha hecho el favor de dejárnoslo.

Creo que en las situaciones éticas no solo se valora el efecto de una conducta social sobre su autor, sino también sobre el resto de personas —o seres vivos— afectadas, pero que, a menudo, poder establecer una reciprocidad de actos moralmente buenos y evitar una de actos moralmente malos hace que merezca la pena para el individuo mantener un comportamiento ético: si yo te ayudo

cuento lo necesitas y tú lo haces conmigo también, o si yo no te robo algo que me gusta y tú tampoco me robas a mí, al final los dos saldremos ganando. Pese a eso, la reciprocidad no tiene por qué darse siempre en los mismos términos, ya que un favor o un perjuicio concretos pueden ser correspondidos con otros distintos. Para asegurar que esta relación mutua se cumple, con frecuencia se recurre a compromisos y normas formales.

No obstante, en los primeros ejemplos que he puesto había algo más que reciprocidad o correspondencia. Cuando un amigo lo está pasando mal, sufrimos y queremos ayudarle para verlo mejor, y aunque podamos querer quedarnos algo que nos han prestado, no sería extraño sentirnos mal por la simple idea de quitárselo a su dueño. Pienso que estas emociones forman también una parte muy importante de las conductas sociales, y que contribuyen a lo positivos o negativos que sean sus efectos sobre quien las lleva a cabo. Por eso, aunque un buen acto no vaya a ser correspondido o un mal acto no se vaya a castigar, muchas veces la satisfacción de ayudar a los demás, del mismo modo que el hecho de no querer que sufran, hace que lo moralmente correcto sea lo mejor no solo en general, para el conjunto, sino también para el individuo que, pensando en sí mismo, debe decidir si realizarlo o no.

Sinceramente creo que, si se es consciente de esto, se puede vivir de una forma mucho más feliz. Pero al mismo tiempo, me parece que todavía falta algo esencial por comprender. Estoy partiendo de la idea de que cada persona busca o debe buscar en última instancia lo mejor para sí misma. El matiz de *en última instancia* es importante porque, por supuesto, muchas veces los actos éticamente buenos para el conjunto son los correctos e incluso los más recomendables para el individuo. Ahora bien, según lo que he dicho, y aunque no nos demos del todo cuenta de ello, normalmente lo son por el impacto que tienen en uno mismo ya sea como correspondencia o mediante las emociones que provocan directamente. Al menos esto es lo que debemos juzgar si consideramos que todo lo que sentimos y pensamos tiene su explicación en nuestro cerebro y nuestro sistema nervioso en general, y que cuando morimos dejamos de sentir y pensar; si se tiene alguna creencia religiosa o espiritual diferente, el razonamiento podrá ser distinto. Insisto en que no es que estemos pensando siempre en nosotros mismos cuando actuamos, calculando cuánto nos puede beneficiar o perjudicar cada decisión. Creo que, por lo menos las personas sin un gran compromiso religioso, actuamos ante todo intentando sentirnos bien —y evitar sentirnos mal—, lo que incluye hacer algo simplemente

porque pensamos que *debemos* hacerlo, o al revés, pero también que, si queremos ser honestos, eso solo se puede explicar como resultado de una voluntad individual de experimentar un estado de ánimo positivo, aunque sea en el fondo.

Pero además, si se acepta esto, se tendrán que aceptar también algunas implicaciones importantes. De acuerdo con lo que he explicado, las emociones que una conducta social puede despertarle a su autor respecto a las demás personas a las que afecta se deben entender, en última instancia, como un fenómeno psicológico e incluso biológico o electroquímico que tiene lugar en su sistema nervioso, con especial protagonismo de su cerebro, y que, por tanto, está sujeto a unas condiciones materiales concretas. De este modo, las sensaciones de satisfacción o sufrimiento que esas emociones conllevan tienen en el fondo la misma naturaleza física, terrenal, que las que suponen el primer efecto de la conducta social en el individuo y su posible correspondencia, a pesar de lo trascendentales que puedan llegar a parecer, y si es así, se las debe considerar como un factor más dentro de los beneficios y perjuicios de realizar una acción social para uno mismo. Es decir, en el fondo, hay que valorar el bienestar que sentimos al ver a alguien mejor de lo que estaba o la pena por el mal ajeno junto con el resto de elementos positivos o negativos para nuestra felicidad, y no como algo diferente que está por encima de todo lo demás, aunque no resulte nada agradable hacerlo. Por tanto, a pesar de que nos parezca evidente e indiscutible que un acto social determinado es correcto o incorrecto, cabe plantearse si puede que lo sea desde el punto de vista ético, para el conjunto de personas implicadas, pero quizás algunas veces no para quien lo lleva a cabo si valoramos por igual todo lo que supone.

Por último, debemos tener en cuenta una característica importantísima del cerebro humano: en líneas generales, aquello que no ocupa nada nuestra atención, de lo que no estamos siendo mínimamente conscientes en un momento dado, no existe para nosotros, y solo existe en la medida en que le prestemos atención y seamos conscientes de ello, ya sea voluntaria o involuntariamente. Eso significa que si no percibimos o tenemos en mente de alguna manera la fuente de una sensación positiva o negativa, no la experimentaremos, lo cual ataña en especial a las emociones que nos provocan los efectos de nuestras acciones en los demás, tanto para bien como para mal. En otras palabras, si no somos conscientes del bien que nuestros actos pueden hacerles a los demás o no le prestamos atención, estaremos dejando pasar la oportunidad de tener una vida más feliz, y viceversa. Creo que esto permite comprender en parte por qué mucha gente no actúa tan bien como debería,

pero también me parece que es la única forma de entender cómo es posible que muchas personas no se angustien a pesar de las desgracias y las atrocidades que saben que ocurren en el mundo, y al mismo tiempo que pueden mostrar el comportamiento más empático y humano en determinadas situaciones; hasta las personas más moralmente comprometidas se pueden sorprender a sí mismas dándose cuenta de que, en algún momento o durante cierto tiempo, el sufrimiento humano o animal les ha estado dando igual, no las ha afligido en absoluto, lo que las puede llevar a culparse. Si aceptamos lo dicho hasta ahora, a pesar de todo no podemos afirmar que ninguna de esas personas sea un monstruo o inhumana; lo sería si, teniendo por completo el sufrimiento en la mente, no sintiera nada.

Pero esto tiene otra consecuencia todavía más difícil de admitir, aunque igual de necesaria: si una desgracia o una atrocidad no nos angustia demasiado de manera natural —sin forzarnos a verla o pensar en ella—, si combatirla no nos aportaría lo suficiente y si no parece que hacerlo o no vaya a establecer una correspondencia o no nos importa que lo haga, entonces quizás ignorarla sea la decisión correcta para nosotros mismos. En realidad ya lo hacemos constantemente, en mayor o menor medida, pero creo que es bueno reconocerlo, entender por qué y buscar un grado adecuado, aunque sea duro. Quiero dejar claro que se deben tener en cuenta los distintos niveles de atención que se puede prestar a una situación, los distintos ángulos desde los que se la puede mirar, ocultando y mostrando caras diferentes, o el hecho de que intentar ignorar algo activamente puede tener el efecto contrario, pero que no creo que ninguno de estos aspectos cambie la idea general.

Estas han sido las reflexiones y las conclusiones sobre la ética que quería explicar para intentar convencer al lector de que puede que el razonamiento riguroso merezca el beneficio de la duda. No me gustaría que se diera demasiada importancia a este final amargo, sino que se valorase todo lo que he dicho en conjunto, también con su lado más positivo. Muchas de las ideas que han aparecido no son nada nuevas, pero creo que otras sí, o al menos no las he encontrado entre las respuestas que se suelen dar a este tema, y en cualquier caso, he llegado a ellas muy joven, por mí mismo y sin tener ninguna cualidad innata especial. Además, tampoco tienen por qué constituir la verdad absoluta ni definitiva. Por otra parte, podría haber hablado sobre más temas éticos, pero no he creído que fuera necesario para lo que buscaba.

Si he conseguido sembrar una pequeña duda de si el razonamiento riguroso puede llegar a ser como lo he explicado, eso ya es mucho, aunque animo realmente a dar un paso más e intentar adoptarlo en serio, con el valor y la paciencia necesarios, e insisto en que me ofrezco para ayudar a quien lo necesite en este camino.